

Para que fuese la sensible personificación de todos los dolores antiguos, él mismo había sido un pobre rechazado a quien su familia había acusado de locura; un enemigo de los sacerdotes que le acusaron, presentándole como el gran innovador moral que había de abrogar la vieja ley.

Los discípulos directos del Cristo, que habían oído y comprendido sus enseñanzas, las pusieron en práctica en sus primeras comunidades, inspirados, como lo enseña San Lucas, en la más completa fraternidad comunista.

«La multitud de los que habían creído no tenían más que un corazón y un alma. Ninguno era propietario de sus bienes, sino todo era de todos...

»Y una gran gracia reposaba sobre todos.

»Porque no había entre ellos ningún indigente: todos los que tenían campos o casas los vendían, aportaban el precio de la venta y lo depositaban a los pies de los apóstoles, haciéndose después distribuciones a cada uno según sus necesidades». (*Actas de los Apóstoles*, IV, 32).

Era aquella verdaderamente la repartición comunista; pero de la producción, la enseñanza evangélica, enemiga del trabajo y de toda ocupación terrestre, no se había preocupado. El producto de los bienes de los fieles, tal era el único manantial de ingresos, según la palabra del Maestro: «Vended lo que tenéis y dad el precio a los pobres». Precepto absurdo, y cuyo cumplimiento acabaría en el despojo voluntario de todos los buenos en beneficio final de los rapaces y de los malos.

Además, tal precepto, fundado sobre este principio: «Siempre habrá pobres entre vosotros», supone el mundo perpetuamente dividido por la desigualdad de condiciones.

La moral evangélica, en efecto, como se ha hecho notar repetidas veces, necesita del desgraciado víctima de la miseria que vive a expensas de otro, para que la caridad cristiana—que tiene por objeto, no el consuelo

espontáneo de los sufrimientos humanos, sino una recompensa después de la muerte—pueda ejercerse. En esa misma preocupación extraterrestre, el Evangelio declara a Marta, la mujer trabajadora y previsora, inferior a María, la mujer mística, y reniega y censura implícitamente la justicia en la parábola de los obreros empleados en la viña, en que «los venidos últimamente serán recompensados los primeros».

Tales son, desde el punto de vista social, las taras esenciales de la moral evangélica.

Reacción exagerada contra el sensualismo baálico y olímpico, cerrado al trabajo y a la justicia, la ética cristiana fué en realidad antihumana.

El carácter antihumano fué aún reforzado por el paulismo.

A San Pablo remonta, en efecto, la responsabilidad de la nefasta doctrina absolutista que triunfó a pesar de los esfuerzos de los discípulos directos de Jesús, y especialmente de Santiago.

Siendo Dios tan inmenso y el hombre tan poca cosa, la conclusión se imponía por sí misma: el hombre virtuoso no tiene derecho alguno a la justicia divina; la gracia es todo, la moralidad humana nada; la fe es superior a las obras.

Que Pedro, Santiago y sus celadores jerosolimitanos hayan sido, como dice Renán, hombres de cortos alcances, pedantes testarudos, sectarios limitados, es posible. Que hayan cometido la torpeza de querer que el cristianismo se redujera a las mezquinas proporciones de una renovación judaica, es indudable. Pero no es menos cierto que los primeros apóstoles observaron fielmente las enseñanzas fraternales del Evangelio.

Pablo, a quien Renán, su admirador, se ve obligado a calificar de orgulloso, ferozmente autoritario, fanático, agriado por sus fealdades físicas, celoso y observando una conducta por la que los atenienses le tomaron por un charlatán, no merece todo el ho-